

Rhin, Francia podrá dictar condiciones de paz al Emperador. Para llegar en estas negociaciones al fin deseado, habrá que separar la paz con el Austria de la paz con el Imperio alemán. Supongamos que Francia firme primero con Austria los preliminares, en los que deferirá á un congreso, celebrado en cualquier ciudad, la discusión de la paz definitiva. Por estos preliminares, el Emperador abandonará las provincias austriacas cuya cesión se juzgará necesaria; prometerá sostener en el Congreso las aspiraciones de Francia respecto al Imperio alemán y al engrandecimiento de Prusia, y habrá de consentir en que todos los países eclesiásticos de Alemania se adjudiquen á príncipes seculares. Con estas condiciones, los preliminares podrán prometerle una compensación, como por ejemplo, el arzobispado de Salzburgo y la mejora de la frontera bávara. Ni Inglaterra ni Prusia deberán estar representadas en el Congreso. Frente á los peligrosos proyectos de Rusia contra Turquía, Francia necesita aliarse con Prusia, y para que el ejército prusiano pueda volverse contra Rusia, le conviene á Francia fortificar á Prusia, ya por Bohemia hasta el Elba, ya por el Meklemburgo ó los obispados de Franconia. En lugar de los tres electorados eclesiásticos, se podría conferir esta dignidad, la más elevada del Imperio, al Hesse, á Wurtemberg y á Brunswick.—El paso del Rhin por Moreau, la marcha victoriosa de los franceses por Suabia y Franconia y la defección general de los Estados del Imperio en estas provincias, acabaron de cambiar la actitud de Prusia. El nueve de Julio, el rey hizo llamar al príncipe Enrique, y el once declaró á los ministros que, en vista de las victorias de los franceses, era preciso entenderse cuanto antes con Caillard; pero con su cuenta y razón, no concluyendo sino un tratado eventual, que se firmó el cinco de Agosto. Tratado, por cierto, singularísimo en cuanto á la forma. En el preámbulo, declaraba el rey que había deseado cordialmente mantener la integridad del Imperio y de su constitución, pero que, resistiéndose la República francesa á ceder en este punto, había prestado su aprobación á las proposiciones siguientes, siempre que sus bases fuesen aceptadas en la paz general. Del contexto, lo principal era que el rey de Prusia no se opondría á la cesión de la margen izquierda del Rhin á Francia, ni al principio de las secularizaciones para compensar á los príncipes lesionados, siempre que se le diese el obispado de Munster y «lo que pudiese convenir á su majestad para completar su indemnización». Convinieron en guardar sobre este tratado reserva absoluta. Luego firmaron otro público, sobre la línea de demarcación del Norte de Alemania, la cual seguiría la frontera de Holanda, el Rhin hasta la embocadura del Ruhr, este río hasta su fuente, de donde pasaría al Eder, cuyo curso seguiría hasta el Fulda, y el de éste hasta su fuente. El Directorio tenía motivos de estar satisfecho: Prusia seguía, aunque más tímidamente, el mismo camino que Wurtemberg y que Baden. La sucesión al Imperio se declaraba abierta. No tardó el mismo gobierno prusiano en aplicar estas ideas. Cuando Jourdan llevó sus columnas victoriosas de Bamberg hasta el Sur, aparecieron de pronto á las puertas de Nuremberg dos regimientos prusia-

nos, para declarar propiedad prusiana dos barrios, con su término que fueron respetados por los franceses; y luego, cuando los vecinos de la ciudad vieja vieron á los de estos barrios libres de los atropellos de los invasores, suplicaron al rey de Prusia, por dos mil novecientos cinco votos contra ciento noventa y uno, que se dignase admitirlos en el número de sus bienaventurados súbditos.

Volvamos á los ejércitos beligerantes, que á primeros de Agosto se hallaban: el Archiduque, en Nordlinga, y Moreau, que le seguía con precaución, marchando hacia Neresheim; Wartensleben, retirándose hacia Nuremberg, perseguido de cerca por el ejército del Sambre, que, por enfermedad de Jourdan, mandaba Kleber. Enterado de la marcha victoriosa de Wurmser á Verona y Mantua, Carlos vislumbró ahora la posibilidad de realizar, por fin, la unión de los dos ejércitos imperiales. Desde Nuremberg, Wartensleben podía llegar á Nordlinga en tres días, y juntos los dos, destrozará á Moreau y colocar á Jourdan en situación crítica. Pero Carlos no contó con la huéspeda, y la huéspeda fué aquí Wartensleben, que no pudo resignarse á dejar indefensa la Bohemia y abandonar los almacenes acumulados en la frontera. Bastó con que el siete de Agosto, cuando ya se hallaba á la mitad del camino entre Bamberg y Nuremberg, la caballería francesa amenazase su flanco occidental, para cambiar de dirección, torciendo al Este, hacia el Alto Palatinado, por donde triplicó á poco la distancia que le separaba del Archiduque. Este se sintió profundamente contrariado; pero no se desesperó. «Ya que la montaña no quiere acercarse á mí, hubo de pensar, yo me acercaré á la montaña»; y resolvió marchar hacia Wartensleben y aplastar á Jourdan, aun á riesgo de que Moreau ganase el camino de Inspruk por Baviera. Firme el diez de Agosto en este propósito, decidió atacar de repente á Moreau al siguiente día, causarle todo el daño posible y ponerse en marcha. Le favoreció para la realización de este proyecto la llegada del general Frelich, con cuya división elevó sus tropas á cuarenta y dos mil hombres. La batalla no tuvo importancia. Carlos cometió la torpeza de desplegar sus fuerzas en la misma extensión de ocho leguas en que el enemigo tenía dispersas las suyas, y sus débiles ataques fueron rechazados. Cada ejército vivaqueó en su campo de batalla. Pero el Archiduque no estaba dispuesto á perder un día más. Envió á Wartensleben orden terminante de que, á todo trance, le esperase en Amberg, y el doce, de madrugada, se puso en marcha hacia el Danubio, que pasó por Donawerth. Al ver Saint-Cir las largas columnas enemigas caminar diligentes hacia el Danubio, quiso perseguirlas; pero Moreau le contuvo, participándole que poderosas razones le obligaban á renunciar el ataque. Estas razones no eran otras que las órdenes del Directorio, en las que debemos pararnos un momento.

Cuando Jourdan, repuesto de su enfermedad, volvió á encargarse del mando, pudo en cuatro días de marcha juntarse á Moreau y poner fin á la campaña, ya que no á la guerra, aniquilando al Archiduque; pero, en aquel mismo instante, recibió del Directorio ins-

trucciones ordenándole atacar enérgicamente, provocar una gran batalla, para aniquilar ó dispersar al enemigo; que, ora Wartensleben retrocediese hacia Bohemia, ora se acercase al Archiduque, oprimirle de cerca, avanzar con el ejército principal hacia Ratisbona, llegar hasta el mismo Passau, y, juntamente, enviar un cuerpo á Bohemia para levantar contribuciones, sin dejar de mantenerse, en medio de todo, en comunicación con Moreau. No son estas órdenes muy precisas que digamos, pero no dejan lugar á duda acerca del punto capital, á saber: dirigirse, no al Sudeste, contra el Archiduque, sino al Este, en pos de Wartensleben. En su virtud, Jourdan renunció á unirse á Moreau y siguió persiguiendo á Wertensleben, no sin temor de que Carlos le atacase por el flanco Sur, en previsión de lo cual situó la división Bernadotte en Neumarkt. El diez y siete, sostuvo en Sulzbach con la retaguardia austriaca vivo combate, que obligó á Wartensleben á retirarse detrás del Naab. En Amberg, le llegaron de París nuevas instrucciones, datadas el doce de Agosto, más precisas y en el mismo sentido que las anteriores. El veinte se hallaba en el Naab, y viendo las fuertes posiciones del austriaco, se tomó un día para elegir el punto por donde le atacaría, cuando recibió la fatal noticia de que el Archiduque se aproximaba. ¿Por qué Jourdan obedeció las órdenes del Directorio? Este es el único cargo que se le puede hacer. Seguramente, Bonaparte no las hubiese obedecido. Mas, dése el valor que se quiera á este cargo, no puede desconocerse que la principal responsabilidad es del Directorio. Pero hay más. Al tiempo que el gobierno de París separaba de esta suerte á Jourdan del camino victorioso que se le presentaba en el Alto Danubio, forzaba á Moreau á no perseguir al Archiduque, á dejarle en libertad de aplastar á su compañero. Las instrucciones del veintiuno de Julio, repetidas el doce de Agosto, son terminantes: se ordena á Moreau cuidarse principalmente de su ala derecha, fortalecerla y reunirla detrás del Lech, para atacar á Baviera; ganar el camino de Munich á Inspruck, con el objeto de cortar toda comunicación entre Carlos Wurmser é impedir que se envíe refuerzos á Italia, y caso de salir todo bien, apoyar el ala izquierda en el Danubio y marchar con la derecha á Inspruck. El sistema de siempre: separar los dos ejércitos lo más posible, encaminando á Jourdan hacia Bohemia y Passau, á Moreau hacia Munich é Inspruck, sin dejar por esto de expresar el vago deseo de que los dos generales obrasen de acuerdo. Estas órdenes las recibió Moreau el doce por la mañana, cuando estaba viendo, con Saint-Cir, á las tropas austriacas retirarse del campo de batalla hacia el Danubio. Por esto se opuso á perseguirlas, tanto más cuanto que llevaban dirección Sur, alejándose del Naab, en donde se hallaba Jourdan. Obedeciendo las órdenes del Directorio, se puso en movimiento Danubio arriba; el diez y ocho, supo que el Archiduque había torcido al Norte, lo que participó inmediatamente á Jourdan, aunque sin darle importancia, seguro de que sus progresos en Baviera no tardarían en atraer al jefe austriaco; pasó el Danubio el diez y nueve de Agosto, y el veintiuno ocupó la ciudad de Ausburgo. Por estos mo-

vimientos, Moreau se alejó de Carlos otro tanto que éste se había acercado á Jourdan.

No para internarse en Baviera, sino para engañar á Moreau, pasó Carlos á la margen derecha del Danubio; y ya hemos visto que consiguió cumplidamente su objeto. Dejando al general Latour con unos treinta mil hombres, para que observase á Moreau, el diez y siete de Agosto repasó el Danubio por Ingolstadt, con el resto de su ejército, unos veintiocho mil hombres, y partió á juntarse con Wartensleben. Quedábanle á éste aun treinta y cuatro mil hombres, que, con los del Archiduque, sumaban sesenta y dos mil. No más de cuarenta mil podía oponerle Jourdan, con la grave circunstancia de hallarse en país enemigo y en medio de una población exasperada. Gracias que el Archiduque desplegó en sus movimientos más prudencia que ardor, empleando cinco días en andar seis leguas, y cuando llegó el veintiuno á las inmediaciones de Neumarkt, puso en alarma á la división Bernadotte con un reconocimiento, que sólo dió por resultado avisarle del peligro que le amenazaba. Jourdan retrocedió del Naab á Amberg, donde se detuvo un día, para dar tiempo á que se le uniesen las reservas de caballería que había enviado al encuentro de Bernadotte, y esta parada le costó ser atacado al día siguiente por las dos divisiones enemigas á la vez, perdiendo en el combate mil ochocientos hombres. Mientras tanto, Bernadotte había retrocedido de Nuremberg á Forchheim, hostigado por la columna austriaca del general Hotze, que cerró la salida del valle del Peilnitz, y esto obligó á Jourdan á continuar su retirada á campo traviesa, por angostos senderos. Penosa fué esta parte de la marcha. A menudo hubo que abrir camino á la artillería; las columnas se obstruían el paso ó se extraviaban; húsares enemigos las cruzaban, y al cuartel general no llegaba noticia alguna. Por fin, el veintiocho salió al anchuroso valle del Reignitz, en suelo llano y buen camino, no lejos de Forchheim, donde le esperaba Bernadotte. Jourdan tuvo la satisfacción de volver á reunir aquí todas sus fuerzas. Mas no por esto había pasado el peligro. Entre Bamberg y Schweinfurt, el Mein describe un vasto semicírculo y, luego, largos codos antes de llegar á Würzburgo, mientras que el camino entre aquellas antiguas sedes episcopales sigue la recta al Oeste, formando como la cuerda del arco. Este camino ya no estaba libre; lo ocupaba Hotze, cuyos tiradores no cesaban de hostilizar. Por otra parte, adonde quiera que llegaban los austriacos, los campesinos se sublevaban contra los extranjeros, atacaban las escoltas, asesinaban á los soldados sueltos, saqueaban los bagajes, siendo cada día más difícil abastecer al ejército y mantener la disciplina. Menos mal que el Archiduque, no apartándose de su habitual lentitud, se hallaba todavía á dos jornadas de distancia. Jourdan pensó un instante en batir los destacamentos de Hotze y marchar por el gran camino de Würzburgo; mas luego parecióle peligrosa la tentativa, y decidió seguir el gran rodeo del Mein pasando por Schweinfurt. Carlos, desde Bamberg, destacó cinco batallones y dos mil caballos á perseguir al enemigo, y tomó, con el grueso de sus divisiones, el camino derecho de Würzburgo. Hotze pasó el

Mein el primero de Septiembre; por la tarde llegó á Galgenber, cerca de Wurzburg, cuyos habitantes le abrieron las puertas y obligaron á la guarnición francesa á retirarse en la ciudadela, y al anochecer, el general Starray y el príncipe Lichtenstein se acantonaron en las aldeas situadas al pie del Galgenberg. El Archiduque, cuando se enteró del movimiento de Hotze, envió hacia Schweinfurt un pequeño destacamento de cinco batallones, y ordenó al resto de las tropas apresurar su marcha para sostener á Hotze en el caso de que Jourdan tratase de abrirse, por Wurzburg, el gran camino de Francfort y de Maguncia. El general francés llegó á Schweinfurt en treinta y uno de Agosto; se detuvo aquí un día para dar descanso á sus tropas, y el dos de madrugada envió á Wurzburg, en la esperanza de salvarla, las divisiones Bernadotte y Championnet. Pero era ya tarde. Las tropas francesas toparon en las aldeas con los batallones de Hotze y Starray, que rechazaron un trecho, y ocuparon el Steinberg y las colinas del Lengfeld; pero no pudieron ir más allá. Evidentemente, se estaba frente á masas compactas, y para romperlas, habría que librar una batalla. Podía esta evitarse marchando por Kissingen y el valle del Saale hacia el Lahn; pero Jourdan creyó que no debía renunciar á la Franconia ni sacrificar la guarnición de Wurzburg sin intentar un supremo esfuerzo, y los mismos soldados pedían el combate. El honor ahogó la voz de la prudencia. Los austriacos se extendieron al Este de Wurzburg y del Galgenberg: Hotze, en el ala izquierda, cerca de la ciudad; Starray y Lichtenstein, detrás de colinas plantadas de viñedos y bosques. Jourdan, suponiendo que el grueso de las otras divisiones enemigas avanzaba por el lado de Schweinfurt, puso aquí al general Lefebre con más de doce mil hombres, cerca del tercio de su ejército, é incorporó la división Grenier á las otras. Bernadotte marcharía contra Hotze; Championnet, contra Starray, y Grenier se uniría al flanco oriental de este último. Estos tres cuerpos sumaban apenas treinta mil hombres. El éxito de la jornada dependía, indudablemente, de que estos treinta mil hombres no tuviesen que habérselas más que con Hotze y Starray; si durante la lucha llegaban Kray y Wartensleben, ni vírgenes ni santos podrían salvar á los franceses. Pues la llegada de estos refuerzos era segura; y esto debió haberlo previsto Jourdan.

Amaneció el tres de Septiembre cubriendo el Mein y la campiña densa niebla, que ocultó á los franceses la llegada del Archiduque. Este mandó á sus generales pasar á escape el río, y él corrió á unirse con Starray, que estaba ordenando sus batallones al pie del Lengfeld, ocupado por el general Bernadotte. Así que la niebla comenzó á disiparse, Starray rompió el fuego, retrocediendo los franceses unos miles de pasos, lo mismo en este punto que más cerca de la ciudad, donde les atacó Hotze. Pero, á las nueve, la división Championnet embistió contra el ala derecha de Starray, que empezó á perder terreno. Jourdan mandó á la división Grenier secundar con todas sus fuerzas una acción tan brillantemente empezada; mas, cuando Grenier iba á dar la orden de partida, descubrió á su

izquierda fuertes masas de tropas, las divisiones Kray y Wartensleben, avanzando hacia el campo de batalla. Se limitó á enviar unos mil doscientos hombres á Championnet, para hacer frente, con los restantes, al nuevo peligro que amenazaba. Desde este instante, las once, el horizonte se nubló para los franceses. Wartensleben, veterano enérgico, impaciente por llevar secorros á Starray, había pasado el Mein á nado con veinticuatro escuadrones de coraceros, dejándose atrás á los granaderos. El Archiduque contuvo su impetuosidad, obligándole á esperar á su infantería, y, mientras tanto, con los coraceros y catorce escuadrones de caballería ligera de Starray, formó una poderosa línea de batalla. Jourdan, escaso de caballería, reunió, á las órdenes de Bonnaud, todo lo que le quedaba de las divisiones, y ordenó á Bernadotte recobrar las alturas del Lengfeld. El fuego continuó en toda la línea. Hacia las tres de la tarde, llegó á Wartensleben sus granaderos, y entonces el Archiduque puso en movimiento toda la masa de la caballería, para dar el golpe decisivo. Destacó primero los escuadrones ligeros de Starray y un regimiento de coraceros, que rechazaron con violencia á los dragones y húsares de Grenier. Entonces, las reservas de Bonnaud se lanzaron á la pelea, derribando las alas enemigas y descargando golpes cada vez más rudos; pero el Archiduque tenía en reserva aún la mitad de sus coraceros, que avanzaron con ímpetu contra un enemigo medio desbandado ya por la victoria. Desde este punto, la resistencia fué imposible. Los franceses volvieron la espalda y huyeron en todas direcciones.

El ejército de Jourdan debió su salvación al especial carácter del archiduque Carlos, que sólo se interesaba en el aspecto científico de la guerra. Aquel joven de veinticinco años sabía concebir á maravilla una empresa estratégica y dirigirla hasta el fin; pero no juntaba á la capacidad del general el ardor del soldado. Después de haber aplicado todas sus facultades á realizar la unión con Wartensleben, había perseguido al enemigo con blandura; y ahora, después de haberle reducido á una situación desesperada, se apagó en su pecho el fuego bélico. No podía obrar de otro modo el que llamaba á la guerra el mayor de los males. Veamos cómo él mismo nos describe la persecución. «El Archiduque ordenó avanzar en toda la línea. Los granaderos marchaban delante; detrás, en el ala derecha, la caballería. El combate se redujo á un nutrido fuego de cañón. El enemigo no oponía sino débil resistencia, y Championnet, cumpliendo las órdenes que había recibido, se retiraba despacio.....» «Cuando los franceses llegaron al terreno quebrado que rodea á Mulhausen, la caballería se dispuso por tercera vez en orden de batalla. La artillería, á la cabeza, disparó contra el enemigo que se retiraba, y al que perseguían algunos flanqueadores sueltos». Con tales disposiciones, nada tiene de extraño que las pérdidas de los franceses se redujesen á unos dos mil hombres, siete cañones y la guarnición de Wurzburg. Por Kissingen y Hammelburgo, Jourdan llegó el diez y nueve al Lahn, en tanto que los vencedores entraban en Francfort y poco después libertaban á Maguncia,